



Rdo. Padre Siro Antonio Pérez s.d.b.

1903 - 1973

Queridos hermanos:

El día 1º de setiembre ppddo., a las 0,30, pasó a la Casa del Padre nuestro hermano Sacerdote Siro Antonio Pérez.

De él podemos decir que murió como había vivido: sencilla y calladamente, sin hacer ruido, sin molestar a nadie; con la misma paz y tranquilidad que supo esparcir entre nosotros.

Poco tiempo atrás se había sometido a una operación quirúrgica en el Sanatorio de San Camilo. De ella se había recuperado casi totalmente, cuando imprevisamente se le presentaron síntomas que podían presagiar una hepatitis o una simple obstrucción cística.

Ante el pronóstico incierto de los médicos, fue internado el jueves 30 para los análisis pertinentes en el mismo Sanatorio de San Camilo: atendido de inmediato, pasó ese día sin mayor novedad. El viernes 31, a primeras horas de la tarde, ante un cuadro de total obstrucción hepática, con inminente peligro de la vida, se autorizó la urgente intervención quirúrgica, previa administración del Sacramento de los enfermos que el Padre recibió con plena lucidez.

El Rdm. Padre Inspector, Juan José Sol, el Vicario Inspectorial y dos Sacerdotes de su comunidad, se hicieron presentes de inmediato en el Sanatorio.

Al concluir la operación, el cuerpo médico interviniente, nos dio la triste nueva: paralización total del hígado, con células ya muertas, y la cabeza del páncreas totalmente tomada por un cáncer. No quedaban esperanzas. Nos pronosticaron que tal vez podría vivir un par de días más; pero esa misma noche, a las 0,30, tras haber pedido que le alcanzaran una pastilla que tenía en el bolsillo de su sotana, sorpresivamente dejó de existir a causa de un derrame interno. El cáncer y la hepatitis fulminantes, en contados minutos nos llevaron a la eternidad al querido Padre Siro.

El Señor lo quiso así. ¡Fiat! Los Salesianos que lo hemos conocido y convivido con él, pensamos de que también el Padre lo habría deseado así: morir sin molestar a sus Hermanos; morir en paz consigo mismo, en paz con Dios y en paz con los hombres.

El Padre Siro nació en España, en una aldea denominada Mioño, cercana a Santander, el día 13-6-1903. Sus padres se establecieron en la Argentina cuando Siro era apenas un niño. Fue alumno de nuestro Colegio de Santa Catalina, de cuyas

aulas pasó luego a Bernal en el año 1918. Allí terminó el magisterio normal, hizo el noviciado y cursó filosofía. Sus años de trienio, en Tucumán y en el Colegio Pío X de Córdoba. Cursó teología en Italia, en la Crocetta. Al regresar, ya sacerdote, ejerció su apostolado en la casa de formación de Bernal, en la cual dictó varias asignaturas, principalmente historia y canto gregoriano. Su voz armoniosa y su oído finísimo, lo acompañaron durante toda su vida. Su hondo sentido de acendrada piedad litúrgica, lo movió a impulsar el canto gregoriano entre los clérigos y aspirantes, logrando que el Coro de Bernal constituyera una nota de auténtico arte sacro, no sólo en los ambientes de la Congregación, sino también en auditorios, salones e iglesias de Buenos Aires que en distintas oportunidades requerían sus servicios. El timbre distinguido de su voz de tenor, lo consagró como solista obligado del coro. Los numerosos clérigos, hoy sacerdotes, no podrán olvidar nunca la unción con que el Padre Siro cantaba el "Tienen tus ojos, Madre, tanta bondad", de Lambruschini, y tantas otras loas a la Sma. Virgen, o la madre Patria, con sus célebres Jotas de Aragón, etc. Al escuchar el nombre del Padre Pérez, aún hoy lo asocian de inmediato a esas hermosas melodías escuchadas en su juventud y a esa bondad, serena y amable que contagiaba alegrías y sonrisas.

La vida del Padre Pérez, fue realmente un canto al Señor y a nuestra Madre: religioso observante, amaba la Congregación y cumplía con sus deberes con la sencillez del justo que sólo busca a Dios en sus acciones. Supo hacer realidad lo de servir al prójimo para servir a Dios.

En su trato humano, el Padre poseía el don de saber escuchar; de adentrarse en el problema de su interlocutor para buscar juntos la solución, para aclarar las dudas o simplemente para perdonar, en nombre de Dios, las fragilidades de sus confidentes espirituales. Por eso, siempre tuvo almas que lo buscaban, que lo seguían por muchos años, para brindarle sus corazones. El Confesonario, al que acudía solícito para cuantos requerían su ministerio, fue el medio principal del ejercicio de su apostolado sacerdotal. Su actualización permanente en teología y lecturas pastorales; la lectura constante de los documentos de la Santa Sede y de la Congregación, daban autoridad a su palabra.

Ocupó cargos importantes en la Congregación: Rector de estudios en varios Colegios; Miembro de Consejo Inspectorial durante seis años; Director de los Colegios de Santa Isabel;

Don Bosco; San Francisco; Industrial Pío IX y de esta Casa en la cual le sorprendió la muerte.

Muchos amigos y exalumnos añoran hoy la desaparición tan inesperada del Padre Siro Pérez. Sus Hermanos en Congregación, que lo han acompañado en sus últimas faenas, sienten instintivamente su presencia en la capilla, en el comedor, en los talleres y oficinas, cual si pasara aun por ellos saludando con bondad y afecto, contagiando esa alegría que el Padre sentía de estar en compañía de sus hermanos en Congregación. Supo sembrar la flor de esa simpatía que siempre atrae y perdura, suavizando heridas. Por ello, la figura del P. Siro Pérez no se borrará nunca en la memoria de sus compañeros, de sus hijos espirituales y de sus Hermanos en Congregación que han tenido la dicha de compartir con él sus vidas.

Durante la santa Misa de cuerpo presente, presidida por el Padre Inspector con quien concelebraron numerosos sacerdotes, en la Cripta de San Carlos, un sacerdote de su comunidad despidió fraternalmente sus restos y aludió brevemente a las hermosas virtudes que caracterizaron su vida de sacerdote ejemplar y religioso observante. Numerosos amigos, religiosos y religiosas, se hicieron un deber acompañar cristianamente a sus familiares durante la santa Misa y la ceremonia del entierro.

Sus restos descansan en el panteón de los Salesianos, en la Chacarita.

La desaparición del Padre Siro Pérez, deja un nuevo lugar vacío entre los segadores de la viña del Señor; su recuerdo cual buen sacerdote "in quo dolus non fuit", nos deja un hermoso ejemplo para imitar.

Al recordarlo en nuestras plegarias, forcemos con nuestras súplicas al buen Dios para que, mientras conceda la felicidad eterna a nuestro Hermano, haga germinar obreros jóvenes que, recorriendo los senderos de la nueva luz postconciliar, sepan, con su santidad de vida, en servicio de la comunidad cristiana, inyectar nueva savia en las filas, actualmente tan exhaustas de nuestra Congregación y de la Iglesia en general.

Fraternalmente en San Juan Bosco

25 de setiembre de 1973.

Gregorio Conrat sdb.

*Cepa Padre-Oratorio*